

Poética de Raymond Carver

Tú no sabes qué es el amor

(Una tarde con Charles Bukowski)

No sabes qué es el amor
dijo Bukowski,
tengo 51 años,
y estoy enamorado de esa maldita,
me pegó fuertísimo,
pero no te preocupes,
ella también está enganchada
así debe ser mi viejo,
yo me les meto en la sangre
y ya no pueden olvidarme.
Tratan de alejarse
pero finalmente vuelven,
todas ellas vuelven,
salvo ésa,
que dejé plantada.
Me hizo llorar y mucho,
bueno en realidad,
en esos días
tenía la lágrima fácil.

Por favor...
no me dejes tomar bebida blanca,
me pongo mal, me vuelvo despreciable.
Yo podría sentarme con ustedes...
hippies queridos,
y chupar cerveza toda la noche,
sí, diez latas o más de esta cerveza, y nada, todo bien, es como agua,
pero si tomo licor, empiezo a tirar gente por la ventana,
ya lo he hecho.

Tú no sabes qué es el amor
porque no te has enamorado
así de simple,
yo tengo esta chica joven
que es muy, muy hermosa.
Ella me llama Bukowski,
Bukowski repite con su voz
suave y melodiosa,
yo le contesto QUÉ.
Tú no sabes qué es el amor
te estoy tratando de explicar
y no me escuchas.
Si el amor irrumpiera en esta habitación,
y les pateara el culo,
ninguno de ustedes
podría reconocerlo.

En una época pensaba
que las lecturas de poesía,
eran un modo de entregarte.

Mira yo tengo 51 años,
conozco algo... de la calle,
sé que significa una lectura,
pero me dije...
Bukowski,
cagarte de hambre
es la peor de las entregas.
Entiéndeme nada es lo que debiera ser.

Ese tipo ¿cómo se llama?
Sí, ese tal Galway Kinnell,
vi su foto en una revista.
Tiene su pinta,
pero es profesor.
Cristo Dios imagínate eso,
pero ustedes también enseñan,
y yo ya estoy insultándolos,
qué voy a hacer.
No. No sé quién es,
y ese otro, menos.
Todos son insectos,
egos desproporcionados.
Yo ya no hago muchas lecturas,
pero éstos que construyen
una reputación
basada en 5 ó 6 libros,
son todos unos insectos.

BUKOWSKI dice ella.
Por qué escuchas
música clásica todo el día.
Eso te sorprende,
no imaginas a una bestia como yo
escuchando música clásica
todo el día.
Brahms, Rachmaninoff, Bartok, Telemann
Mierda, no puedo escribir en esta casa,
demasiado silencio, muchísimos árboles,
prefiero el centro de la ciudad,
ése es mi ambiente natural.
Pongo mi radio en FM y la música,
la música clásica fluye toda la mañana,
y me siento frente a la máquina
y enciendo un habano
y lo fumo así... de esta manera,
así,
INTENSAMENTE.

Me digo, Bukowski
eres un tipo con suerte,
Bukowski viviste todo,
eres un viejo con suerte.
El humo azul flota
en la habitación y yo miro
a través de la ventana,
observo la avenida Delongpre.

Veo a muchas personas
caminando por las veredas.
Apago el cigarro,
aspiro profundamente
y comienzo a escribir.
Bukowski esto es vida,
pienso.

Es bueno ser pobre,
es bueno tener hemorroides,
es bueno estar enamorado.
Pero no sabes lo que es...
tú no sabes qué es el amor.
Si la vieras comprenderías
todo lo que te quiero explicar.
Ella imaginó
que fui a su casa
a enrollarme.
Ella adivinó mis intenciones,
me lo dijo.
Mierda, tengo 51 años,
ella sólo 25 y estamos enamorados.

Ella es sumamente celosa,
¡Jesús! Esta es la belleza total.
Me dijo
que me arrancaría los ojos
si yo salía con otra mujer.
Entiendes... esto es el amor.
Qué saben ustedes.
Les voy a contar algo:
he conocido a tipos en la cárcel
que tienen más estilo
que las personas
que vienen a esta universidad
a las lecturas de poemas.
Son chupasangres,
que quieren comprobar
si las medias del poeta
están limpias,
si usa desodorante.
Créanme no intento defraudarlos.
Quiero que recuerden algo:
en esta habitación, hay un solo poeta,
sólo un poeta esta noche en la ciudad,
y ese poeta, soy yo.

Qué mierda saben ustedes de la vida,
qué saben de cualquier cosa.
A quién de ustedes lo echaron del trabajo.
Quién fajó a su hembra.
A quién lo apaleó su hembra.
A mí por ejemplo
me echaron de Sears Roebuck
cinco veces,
y me recontrataron otras tantas.

Trabajaba en los depósitos,
ya tenía 35 años,
y me echaron porque creían
que yo robaba galletitas.
Sé de qué se trata,
estuve ahí.
Tengo 51 años ahora y estoy... enamorado.

Esta maldita dice:
Bukowski,
le contesto siempre
¿Qué?
Tienes la cabeza llena de mierda.
BEBÉ... tú sí que me comprendes.
Ésta es la única hembra,
hombre o mujer en este mundo
de la que aceptaré
comentarios de esta índole.
Tú no sabes qué es el amor.
Todas vuelven finalmente
salvo ésa de la que ya te hablé.
Estuvimos juntos siete años,
y nos chupamos todo absolutamente.
Hay un par de dactilógrafos
esta noche en esta habitación,
pero escasean los poetas y no me sorprende.
Tienes que conocer el amor para escribir poesía
y....
tú no sabes qué,
ése es tu problema... es el amor.
Dame un poco de eso, puro, sin hielo.
Bueno, ya es hora de comenzar el espectáculo.
¡Sí! ¡Sí! ya sé lo que dije.
Sólo un trago más,
tiene buen sabor.
Vamos quiero terminar esta lectura temprano,
y después, no se descuiden,
no se acerquen... a las ventanas.

Desocupado

Los que eran mejores que nosotros
vivían cómodamente en casas recién pintadas
con inodoros a botón en todos los baños.
Manejaban autos de modelo y marca
reconocibles.
Los que no tenían trabajo, estaban apenados,
no les iba bien.
Sus autos extraños estaban estacionados
sobre cajones, 'al fondo' de casas polvorientas,
donde se amontonaban infinidad de objetos inútiles.
Los años pasan y todo y todos son reemplazados.
Existen siempre, es lo que dicen, nuevas oportunidades.
Pero, para decir la verdad,

a mí nunca me gustó el trabajo.
Mi objetivo era permanecer desocupado.
Ese era mi mérito.
Me gustaba la idea de sentarme en una silla,
hora tras hora, frente a la casa, sin hacer nada
con un sombrero sobre mi cabeza y tomando una gaseosa.
¿Qué hay de malo en eso?
Fumar, escupir de vez en cuando.
Tallar madera con mi cuchillo.
¿Hay daño en esto?
En ocasiones salgo con mi perro a perseguir conejos.
Tenés que hacerlo alguna vez.
A veces levanto a un chico gordo y rubio como yo,
Diciéndole: “¿De dónde te conozco?”.
Nunca digas: “¿Qué querés ser cuando seas grande?”

Madera de balsa

Mi viejo parado frente a la cocina sostiene
sobre la hornalla encendida una sartén
en la que prepara un revuelto de huevos y seso.
Yo me pregunto: ¿Quién tiene hambre esta mañana ?
En un día como el de hoy siento en mi cuerpo
la porosa fragilidad de la madera de balsa.
Las palabras flotan en el aire. Algo ha sido dicho.
Mamita lo dijo. ¿Qué es lo que dijo?
Algo, estoy seguro, relacionado con el dinero.
Quiero ayudarlos. Lo haré si no desayuno.
Mi viejo le da la espalda a la cocina oxidada.
Grita: “Estoy en un pozo”,
Vuelve a gritar: “no me hundás más”.
La luz se filtra a través de la ventana.
Alguien llora.
Lo único que puedo recordar es el olor intenso
Del seso y los huevos quemados en la sartén.
La mañana entera mezclada con otros deshechos
Es arrojada al tacho de la basura.
Minutos más tarde salimos en el auto hacia la quema,
un viaje de unos 15 kms., no nos hablamos en el trayecto.
En los montículos, oscuros, malolientes,
tiramos nuestras cajas y bolsas de basura.
Las ratas chillan, emiten cortos silbidos,
se mueven arrastrando el vientre hinchado
entre los restos de los desperdicios putrefactos.
Volvemos al auto y observamos el fuego, las llamas,
el humo espeso que se adhiere a los charcos negros.
El motor del auto sigue en marcha.
Huelo el aroma del cemento para pegar avioncitos
que ha quedado adherido a la punta de mis dedos.
El me observa cuando acerco los dedos a mi nariz.
Después mira hacia otro lado, mira hacia el pueblo.
Quiere decir algo pero no puede.
Está a un millón de kilómetros. De distancia.
Los dos estamos muy lejos, y alguien sigue llorando.
En ese momento yo empecé a comprender
cómo es posible estar en un sitio y en otro lugar también.

El panadero

Pancho Villa
entró en el pueblo
acompañado
por cientos de jinetes,
ordenó la ejecución
del Alcalde
en la plaza pública,
luego requirió
la presencia
del Conde Vronsky
y cenaron,
mientras comían
Pancho le presentó
a su nueva novia
y al marido, el panadero
que usaba un delantal blanco,
Pancho extrajo su pistola
para que el Conde
pudiera admirarla
y quiso saber
de su triste exilio
en México,
hablaron de caballos
y mujeres
cuestiones en las
que ambos eran expertos,
la chica reía
y jugueteaba
con los botones
de madreperla
de la camisa de Pancho,
que al dar las doce
se durmió con la cabeza
apoyada en la mesa,
el panadero se persignó
nerviosamente
y abandonó el salón
descalzo
las botas en la mano,
sin mirar al Conde
sin mirar a la joven esposa,
este hombre anónimo, descalzo
humillado, que trata de salvar su vida,
este hombre
es el héroe del poema.

El rasguño

Me desperté con una mancha de sangre reseca
pegoteada sobre uno de mis párpados. Un arañazo,
profundo, cruza transversalmente las arrugas de mi frente.
Sin embargo, últimamente, he estado durmiendo solo.
Y me pregunto por qué un hombre, incluso en un mal sueño,
alzaría la propia mano para lastimarse la cara.

Esta mañana pretendo responder esta pregunta
y otras similares, mientras observo en silencio
mi rostro que se refleja en los cristales de la ventana.

Una tarde

Mientras escribe, sin observar el océano,
siente entre sus dedos
el temblor de la pluma de su lapicera.
La marea se retira arrastrando
pequeñas piedras, restos de vida marina.
Todo esto no tiene nada que ver, no,
con el origen de su emoción. No.
Su corazón se acelera porque ella
en ese instante ha decidido entrar
completamente desnuda en la habitación.
Somnolienta, por un momento no puede imaginar
dónde está. Se dirige al baño. Sacude su cabellera.
Se sienta en el inodoro con los ojos cerrados,
la cabeza inclinada; las piernas extendidas, abiertas.
No ha cerrado la puerta del baño, él puede verla.
Quizás,
ella esté recordando lo que sucedió esa madrugada.
Porque después de un rato, abre un ojo y lo mira.
Y sonrío con mucha dulzura.

Sala de autopsias

En esos tiempos yo era joven y la fuerza
de diez hombres habitaba mi cuerpo,
para lo que mandaran.
Trabajaba en el hospital en el turno noche
y una de mis responsabilidades
cuando el forense terminaba sus tareas
era la de limpiar la sala de autopsias.
Ellos no tenían horario, algunas veces
terminaban temprano, otras demasiado tarde.
Y para que el personal de limpieza no se aburriera
dejaban objetos olvidados en la mesa de trabajo.
Un pequeño bebé quieto como una piedra
y más frío que la nieve. Un negro corpulento de pelo blanco
con el pecho partido al medio y los órganos vitales
flotando en una bandeja a un costado de su cabeza.
Yo siempre estaba solo, ahí. La manguera derramaba agua.
Las luces colgadas del techo encandilaban.
Una vez dejaron sobre la mesa una pierna,
una pierna de mujer de formas perfectas
y excesiva palidez.
Yo sabía para qué era la pierna,

en ocasiones los había observado.
A pesar de eso me quedé sin respiración.

De madrugada en casa mi mujer
me decía "Dulce, todo va a salir bien. Podemos hacer cambios,
vivir de otra manera". Pero no es tan fácil.
Ella agarraba mi mano entre las suyas, con fuerza,
yo me reclinaba en el sillón y cerraba los ojos.
Yo pensaba en... cualquier cosa. No sabía en qué.
Yo dejaba que ella llevara mi mano a sus tetas.
Yo abría los ojos y miraba el cielorraso o el piso,
qué importa...
Mis dedos se arrastraban hacia su pierna, tibia y bien formada,
que ante la más suave caricia temblaba y se levantaba delicadamente.
Mi mente estaba confundida y cómo decirlo ¿sacudida?
No pasaba nada. Todo estaba pasando.
La vida era una piedra
que lentamente se iba gastando
y afilando.

Buscando Trabajo

Siempre he deseado
truchas frescas
para el desayuno.

Repentinamente
descubro
un nuevo sendero
que me conduce
a la pequeña cascada,

apuro
el paso.
Mi mujer
me despierta.

"Estás soñando."
Murmura.

Intento levantarme,
la casa se inclina.

¿Quién,
está soñando?

"Es mediodía."
Dice ella.

Mis zapatos nuevos
me esperan
cerca de la puerta,

brillan
intensamente.

El don de la ternura

Tarde en la noche. Comenzó a nevar.
Los copos húmedos caían
más allá del cristal de las ventanas,
surcando el aire frío
ocultaban el resplandor de la ciudad.
Observamos un rato la tormenta
sorprendidos, felices, satisfechos
de estar allí y no en otro sitio.
Puse un leño en el hogar,
me pediste que regulara
el tiro de la chimenea.
Nos metimos en la cama.
Cerré mis ojos, de inmediato,
pero
por razones que desconozco
antes de dormirme
el aeropuerto de Buenos Aires
atravesó mi memoria.
Recordé esa tarde,
la temprana oscuridad, las sombras.
Reconstruí la escena:
regresé a ese paisaje desolado
donde flotaba un silencio sepulcral
interrumpido únicamente por el rugido
de las turbinas del avión que carreteaba
lentamente bajo una lluvia de granizo,
tan fino que lo confundimos con nieve.
En las ventanas de los edificios no había luz.
Un lugar realmente solitario.
Sólo pasillos abandonados, hangares vacíos.
No vimos a una sola persona.
“Es como si todo estuviera de luto,”
fue tu comentario.

Abrí mis ojos.
El ritmo de tu respiración
me dijo que estabas profundamente dormida.
Te cubrí el cuerpo con uno de mis brazos.
Mis evocaciones
me trasladaron de la Argentina
a un departamento en el que pasé
un tiempo de mi vida, en Palo Alto.
No nieva en esa ciudad,
pero el departamento disponía
de un amplio ventanal desde donde
podríamos haber mirado por horas
la autopista que rodea la bahía.
La heladera estaba al lado de la cama.
Las noches calurosas, sofocantes,
cuando me despertaba con la garganta seca
sólo tenía que estirar el brazo, abrir la puerta
y dejarme guiar por la luz interior
hasta el botellón con agua refrescante.
En el baño un pequeño calentador eléctrico
descansaba cerca del lavatorio.

Todas las mañanas mientras me afeitaba
calentaba agua en una vieja sartén,
el frasco de café instantáneo,
siempre a mano, en el botiquín.

Un mañana me senté en la cama
vestido, recién afeitado,
bebiendo sorbos de café caliente
intentando olvidar planes,
proyectos, todas esas cosas
que había decidido realizar.
Finalmente disqué el número
de Jim Houston que vive en Santa Cruz,
le pedí prestados 75 dólares.
Me contestó que estaba sin fondos.
Su mujer había viajado a México
por unos días y él ya no tenía dinero,
no llegaba a fin de mes.
“Está bien”, le dije. “Te entiendo.”
Y así era,
no necesité explicaciones.
Hablamos un poco más y cortamos.
Terminé el café cuando el avión
comenzaba a elevarse en mi recuerdo
y yo desde la ventanilla miraba
por última vez las luces de Buenos Aires.
Después cerré los ojos
iniciando el largo regreso.

Esta mañana hay nieve por todos lados.
Hablamos sobre la tormenta.
Me comentás que no dormiste bien.
Te digo que yo tampoco.
Tuviste una noche terrible. “Yo también.”
Estamos tranquilos el uno con el otro,
nos asistimos tiernamente
como si comprendiéramos nuestro estado de ánimo,
las mutuas inseguridades.
Creemos adivinar los sentimientos del otro,
no podemos, por supuesto, nunca podremos.
No tiene importancia.
En realidad es la ternura la que me interesa.
Ése es el don que me conmueve, que me sostiene,
esta mañana, igual que todas las mañanas.

Amanece

La casa se sacudió, gimió,
la noche entera.
A la madrugada con la primera luz
renació la tranquilidad.
La casa descansa sobre sus cimientos.
Los niños atraviesan la sala de estar
esquivando muebles semidestruidos;
el padre duerme en el sillón,
se detienen, lo observan,
¿quién no lo haría?

Escuchan sus ronquidos violentos,
comprenden que las viejas costumbres,
esa manera de vivir, han regresado.
¿Hay algo nuevo en sus vidas?
Los niños descubren
el árbol de navidad, caído
a un costado de la estufa;
el mismo árbol que decoraron
con sus manos, con cada uno de sus sueños.
Las estrellitas, las guirnaldas,
los adornos yacen esparcidos
en la alfombra sucia,
el regalo que su madre
ha preparado para su padre
asoma de una brillante caja roja,
es un largo pedazo de sogá.
Ellos desearían poder decirles
a los dos que se ahorquen.
Enviarlos al infierno de su propia muerte.
Los niños hambrientos se dirigen a la cocina,
recogen los platos del piso, buscan
el cereal que está debajo de la mesa,
sacan la leche de la heladera,
encienden el televisor, que milagrosamente
se ha salvado de la furia destructora.
Miran una película, olvidan
el desastre que los rodea.
Las voces que emite el aparato crecen,
el padre entre sueños se queja,
los niños ríen. Aumentan el volumen.
Quieren asegurarse de que su padre querido
comprenda que aún está vivo.
Él levanta la cabeza. Comienza un nuevo día.

Qué puedo hacer

Mi único deseo
es observar los pájaros
que revolotean
frente a la ventana.
He desconectado el teléfono,
mis seres queridos no podrán comunicarse,
mucho menos atraparme en la cárcel
de sus pequeñas miserias cotidianas.
Les advertí que el pozo se había secado.
Ellos no quieren entenderlo. Insisten.
En un momento como éste
no podría resistir la buena nueva
de un auto que necesita arreglos,
ni que me recuerden la cuota vencida
de esa casa rodante que ya pagué hace meses.
Me olvidaba
del cuento del hijo que viajó a Europa
y le escribe a su desconsolada madre
que no la volverá a ver nunca
si yo no me hago cargo de sus deudas.
Mamá también quiere hablar conmigo,

recordar nuestro mutuo amor,
la leche que bebí en mi niñez,
los sacrificios realizados.
"Estas cosas deben tener algún valor,"
repite constantemente.
Ella necesita dinero para mudarse.
Ahora quiere regresar a Sacramento.
Yo ya no recuerdo cuántas veces se mudó
en los últimos años, quizás veinte.
Hoy en día todos
creen que la suerte está en el sur.
Yo sólo pido que me dejen respirar.
Debo curar las heridas que anoche
me produjo la dentadura de un perro.
Y luego deseo mirar los pájaros
que no piden absolutamente nada
se conforman con el sol y la brisa.
Tengo que conectar el teléfono
hablar con los miembros de mi familia
aclararles mis conceptos de lo que está bien,
explicarles hasta dónde pueden llegar.
Una docena de pajaritos
no más grandes que tazas de té
descansan en las ramas que acarician
los cristales del ventanal.
Repentinamente dejan de cantar
estiran sus cuellos hacia el firmamento.
Ellos no comprenden la situación.
Se zambullen en un vuelo prolongado.